

Lo supo desde muy pequeño. Aquel día en que su madre lo llevó por primera vez a cazar. Mientras sus hermanos acechaban a los tapires, él subía lo más alto posible para mirar las estrellas y encontrar la más brillante.

7

Se supone que tenía que dar miedo a todos los animales herbívoros y carnívoros de la selva. Era un otorongo. El mayor predador de la Amazonía, allá, en la ribera izquierda del río Manu.

—Recuerda que eres un jaguar, un otorongo. Aún pequeño, pero pronto crecerás y serás el más fuerte de toda la selva. Además, muchachote, tú eres el más grande y fornido



de mis hijos. Así que ruge, ruge fuerte para que todos los animales sientan temor al escucharte.

Pero a Runku, lejos de emocionarle la idea, le apenaba saber que tenía que asustar a sus amigos los monos, ronsocos y taricayas con quienes disfrutaba jugar.

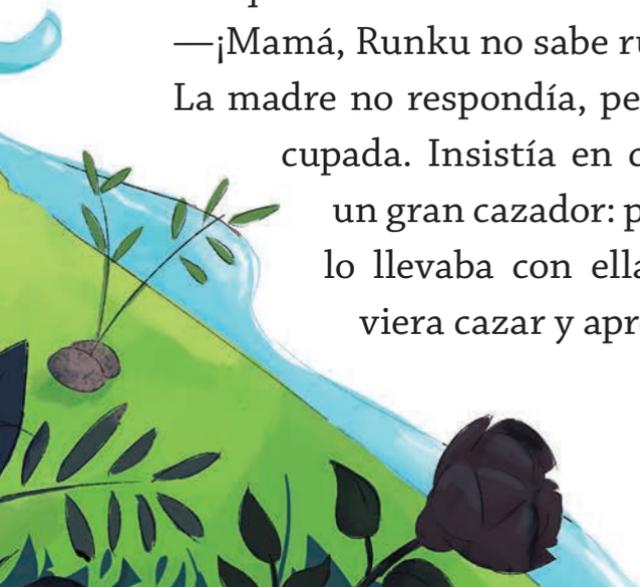
9

Al principio, ni bien lo veían aparecer, ellos huían atemorizados. Pero, poco a poco, fueron sintiendo confianza al notar que era diferente: Runku era amigable, juguetón, amable y nunca los intentaba atacar.

—¡Mamá, Runku juega con las presas y no las quiere comer!

—¡Mamá, Runku no sabe rugir!

La madre no respondía, pero lucía preocupada. Insistía en convertirlo en un gran cazador: por las noches, lo llevaba con ella para que la viera cazar y aprendiera.





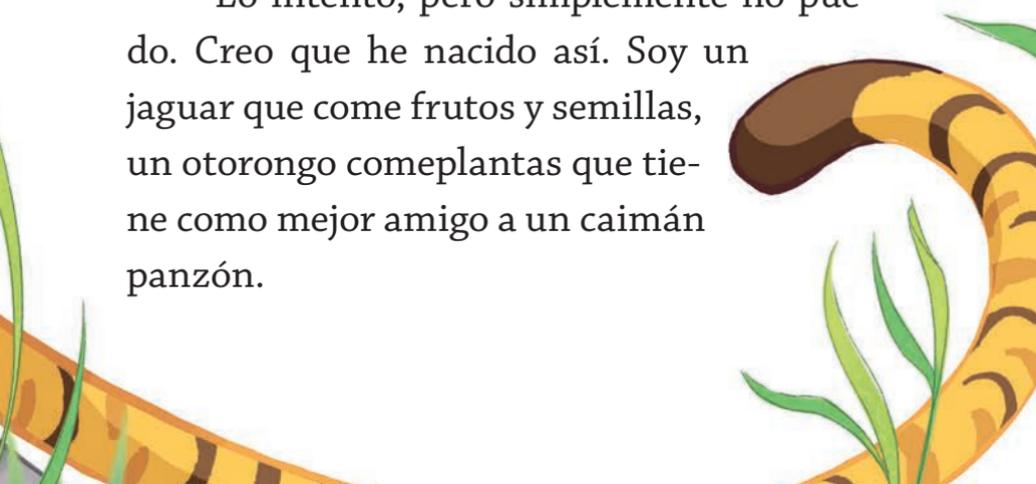
Runku también lo intentó. ¡Vaya que trató! Se camuflaba entre las plantas, esperaba a su presa tendido sobre un tronco durante largo tiempo. Cuando esta aparecía, ¡zas!, se lanzaba sobre ella y la sujetaba en el suelo. Pero al momento de abrir sus poderosas fauces, se congelaba. Completamente paralizado y asustado, retrocedía y la dejaba huir. De su boca no salía ni un solo rugido.

11

—¿Por qué soy así? ¿Por qué no soy como los otros? —le preguntaba a su amigo Yacarí.

—La verdad, Runku, yo nunca he conocido a otro como tú. Quizás deberías seguir intentando. Yo no tengo problemas con tragarme a los peces que encuentro en el río.

—Lo intento, pero simplemente no puedo. Creo que he nacido así. Soy un jaguar que come frutos y semillas, un otorongo comeplantas que tiene como mejor amigo a un caimán panzón.





—¿Caimán panzón? ¡Ahora vas a ver, otorongo grandulón, ahorita te aplasto con esta panzota!... ja, ja, ja. —Siempre jugaban a «Quién atrapa y aplasta al otro primero».

—Te aplasté otra vez, grandulón —habló orgulloso Yacarí, echado sobre Runku.

—Aún no puedo vencer a tu panzota, amigo. Párate, por favor, que no puedo respirar...

13

—¡A que te gano la carrera cruzando el río! —gritó Yacarí mientras presuroso se lanzaba al agua.

—¿Quién ganará en llegar a la otra orilla? ¿Super-Yacarí o Runku: el grandulón vegetariano? ¡Ja, ja!

—¡Yo! Definitivamente yo, ¡el otorongo comeplantas! —respondió lanzándose detrás de él.

En minutos, atravesaron el río de orilla a orilla. Uno muy cerca del otro.

—¡Te gané otra vez, Yacarí! —exclamó exhausto Runku al llegar a la meta.

—Sí, pero con las justas. La próxima vez, seguro que ganaré yo, grandulón.

—Eso quiero verlo.

14 Runku y Yacarí eran mejores amigos desde pequeños. Todos los días conversaban y jugaban en la ribera del río. A Runku le encantaban las ocurrencias y la risa fuerte de Yacarí.

Así pasó un año. Runku seguía igual.

15

—Soy un otorongo que no quiere rugir porque no le gusta asustar a nadie. No puedo ser un cazador ni herir a ningún animal. Me da náuseas de solo oler la carne; entiéndelo, madre.

—Está bien, Runku, está bien. Aunque no seas como yo, ni seas lo que yo hubiese soñado, igual te amo y te querré siempre. Eres mi muchachote. Pero cuídate de los otros otorongos. Mantente lejos de acá.

—¿Por qué, mamá?

—Porque a los otorongos viejos de aquí no les gustan los que no son como ellos. ¿Comprendes?



Más tarde, Runku se lamentaba con su amigo.

—Menos mal que los otorongos no son como los leones.

—¿Por qué?

16 —Porque los leones viven en manada toda su vida. En cambio, los otorongos, cuando crecemos, nos separamos. Cazamos solos. Ya no tendré que fingir frente a los otros que soy un predador.

—¡Qué bueno, amigo!

—Seré libre y feliz, libre y... ¡A que te gano otra vez! —gritó Runku lanzándose al río para iniciar una nueva competencia de natación de orilla a orilla.

—¡No! ¡Ahora te ganaré yo! —respondió Yacarí entusiasmado.

Y se lanzaron nuevamente al río. Yacarí era veloz en el agua, pero Runku tenía una técnica de nado espectacular.

